

blante serio, «que tuviesen consideracion con los sufridos soldados por las escaseces de víveres que sufrían; que carecían de todo, y se debía, por lo mismo, disimular lo que á nadie esencialmente perjudicaba; que todo el oro que habían adquirido en cambio, era una miseria, y que ningún resultado importante daría para el tesoro del rey, separar el quinto de las pocas alhajas que tenían. Mediante Dios, añadió, grandes riquezas alcanzaremos en la actual empresa: dejémosles, pues, lo que poseen, ya que para lo sucesivo se ha dado orden de que nada adquieran: pregonado está, como habeis querido, que no rescaten mas oro; veremos de qué comeremos».

Según el historiador Gómara, Hernan Cortés observaba la conducta franca y desinteresada referida, con el objeto de dar á entender á Moctezuma la indiferencia con que miraba el oro. Lejos estaba del jefe español el intento que el referido escritor le supone. Jamás ocultó la alta estima en que tenía el rico metal expresado, y la petición hecha de que le enviasen lleno de granos de oro el yelmo del soldado, era una manifestacion clara que había hecho al emperador de Méjico, que revela lo contrario de aquel aserto. Ni hubiera sido fácil hacer creer á los habitantes de Anáhuac que se despreciaba el oro, cuando ellos comprendían todo el valor que tenía el rico metal, y sabían que debía tener igual estima en todos los países que sabían trabajarlo. Bernal Diaz del Castillo manifiesta la clara penetracion de los mejicanos y lo imposible que hubiera sido engañarles, cuando burlándose de la candorosa suposicion de Gómara exclama: «Pues qué, ¡gente mejicana, para no entendedlo!»

No hubo, no, en Cortés, la intencion de dar á entender á Moctezuma que era indiferente á la adquisicion de oro al abogar porque se dejase al soldado lo poco que había conseguido en sus cambios, sino el justo deseo de que se le dejase en posesion de lo poco que tenía, compensando así sus fatigas y miserias.

El ejército contaba con impaciencia las horas que pasaban, y anhelaba con ansia la llegada de la contestacion de Moctezuma respecto de la entrevista solicitada.

Entre tanto Cortés, queriendo librar á sus soldados del sofocante calor que en aquellos calcinados arenales se presentaba asfixiante, de los millares de punzantes mosquitos que no les dejaban descansar un instante y de los deletéreos efluvios de los corrompidos pantanos que rodeaban el árido campamento, proyectó buscar otro sitio que presentase condiciones higiénicas mas favorables. Treinta y cinco individuos habían fallecido en el corto tiempo que llevaban de hallarse en los abrasados arenales de aquellas mortíferas playas; pérdida verdaderamente sensible para Hernan Cortés, que temía ver menguarse mas y mas el pequeño ejército con que contaba, y cuyas bajas no le era dable reponer de manera ninguna.

Pero no solamente era lo mortífero del clima lo que dictaba al general español la medida de buscar otro punto en el litoral, sino tambien lo expuestos que estaban los bajeles á ser destrozados por los terribles nortes que reinan en el Golfo mejicano.

Previsor y cuidadoso, envió á Francisco Montejo con dos bajeles, dirigidos por el experto marino Alaminos, á recorrer la costa hacia Pánuco, para ver si encontraban

un puerto seguro y un sitio á propósito para establecer el campamento.

Mientras el entendido piloto y el caballero Montejo exploraban la costa en direccion septentrional, examinando los sitios que presentaban las condiciones propias para establecer el cuartel general, volvieron los enviados mejicanos á los cuarteles españoles. Teuhtlile y Cuitlalpitoc, que eran los embajadores, atravesaron el campo castellano, seguidos de un séquito numeroso y de robustos esclavos que conducian nuevos y valiosos regalos del emperador Moctezuma. Cruzando por la ancha calle que formaba la improvisada poblacion, se dirigieron á la amplia tienda de campaña de Hernan Cortés. Hechas por los enviados aztecas las ceremonias de costumbre de tocar la tierra con la mano, llevándola en seguida á la boca, y de incensar al personaje á quien llevaban el mensaje, extendieron el rico presente que, aunque de menos valor que el primero, no por esto dejaba de ser régio y magnífico. Se componia el egregio regalo de varias figuras de oro y plata, diestramente trabajadas, cuyo valor no excedia de mil quinientos duros (1), diez cargas de telas finísimas hechas de pluma, y cuatro piedras preciosas, llamadas *chalchuites*, de gran valor entre los mejicanos, pero no así para los europeos (2).

(1) «Ciertas piezas de oro—dice Bernal Diaz—que valian tres mil pesos.» Los pesos, como he dicho ya, equivalian á medio duro actual.

(2) Prescott dice que las telas y adornos metálicos «se estimaron en tres mil onzas de oro.» Ya he dicho el valor que tenian los regalos de oro. Respecto de las telas de pluma, creo que es exorbitante la suma indicada. Por lo que hace á los chalchuites, Bernal Diaz nada dice del valor de esas piedras, sino que entre los mejicanos «eran tenidas en mas estima, mas que nosotros las

Teuhtlile manifestó á Cortés, en un breve discurso, el profundo agradecimiento de su soberano por el atento presente que le habia enviado; le dijo que los regalos de que era portador, los dedicaba su augusto señor al poderoso rey de España, á quien deseaba toda clase de felicidades; pero que en cuanto á la entrevista que solicitaba, no se volviese á pronunciar una sola palabra, pues estaba resuelto á no concederla, y confiaba que, una vez obtenidos los presentes de amistad, regresaria á su país sin perjudiciales dilatorias.

La resolucion de Moctezuma era terminante y no daba arbitrio á contestacion ninguna. Hernan Cortés la sintió sobremanera; pero disimulando cortesmente el disgusto, dijo volviéndose á sus oficiales: «verdaderamente que este Moctezuma debe ser gran señor y muy rico; pero aunque sea difícil, algun dia, si Dios quiere, le haremos una visita en su capital». Las palabras del general hallaron eco en sus soldados, que contestaron: «Ojalá fuese en este momento.»

Casi al pronunciar estas palabras, sonó una campana que tenian colocada en el campamento, anunciando la hora del Ave-María. Cortés, sus capitanes y todo el ejército, se descubrieron la cabeza y se arrodillaron delante de una cruz de madera colocada en la arena, recitando en alta voz

esmeraldas.» Teuhtlile al dárselas á Cortés dijo que cada piedra valia cuatro cargas de oro, y que por ser joyas de estimable valor se las enviaba Moctezuma al monarca español. Con efecto, de notable precio eran los chalchuites entre los aztecas; pero «desgraciadamente, dice Prescott, no valian tanto como otras tantas cargas de tierra en Europa.»

sus oraciones. Los embajadores mejicanos quedaron sorprendidos ante la actitud humilde tomada por aquellos hombres intrépidos ante el signo de la redención. Deseosos de saber lo que significaba la escena que presenciaban, preguntaron á Marina el motivo por el cual se postraban ante la cruz. Cortés, informado de lo que preguntaban, creyó que debía aprovechar aquel momento oportuno en hacerles comprender algo de la religion del Crucificado, que miraba como su principal obligacion. Animado de un celo religioso, suplicó al padre Olmedo que les hiciese comprender la santa doctrina encerrada en el Evangelio. El venerable sacerdote, animado de noble y caritativo celo, les explicó de la manera mas concisa y clara que era posible, la benéfica doctrina del cristianismo; les habló de la redención, vida, muerte y resurrección de Jesucristo, les dijo que abandonasen la religion sanguinaria de sus ídolos por la dulce y humanitaria del Crucificado, y que apartarles del error en que vivian, para que no sacrificasen víctimas humanas, era el ardiente deseo del monarca que les habia enviado. Luego, entregándoles una imagen de la Virgen con el niño Jesús en sus brazos, les suplicó que la colocasen en limpios altares que no estuviesen manchados de sangre; que sustituyesen sus sanguinarias deidades con la benéfica cruz que unia á la familia humana en lazo fraternal, teniendo por padre amoroso un solo Dios, todo amor y bondad, y terminó asegurándoles que, si ponian en práctica las máximas que acababa de exponerles, el cielo les colmaria de venturas.

Los embajadores mejicanos escucharon atentamente las palabras del padre Olmedo, transmitidas de Aguilar

á Marina y de Marina á ellos, sin que sea fácil saber el efecto que llegaron á producir. Sin embargo, es de creerse que la semilla cayó en tierra, si no estéril, no preparada para recibirla y hacerla fructífera. Las malezas de la idolatría cubrian profusamente el campo, y para que la doctrina penetrase en el fondo, era preciso acudir antes á desarraigar la malévolá yerba.

Que no debió producir efecto la homilía del virtuoso sacerdote, se deduce de que al terminarla, los embajadores se despidieron friamente de Cortés y salieron del campamento español con una reserva desconfiada, que formaba pronunciado contraste con la conducta franca y amistosa que observaron en su entrevista anterior.

Cortés quedó poco satisfecho de la manera con que se alejó la embajada, y comprendió lo difícil que seria conseguir que Moctezuma cambiase de la resolución tomada de no recibirle. A confirmar su opinion vino el aspecto que al siguiente dia presentaba el país.

Ni un solo nativo se descubria en la extensa y arenosa playa. Las chozas levantadas junto al campamento español, formando un pueblo, habian sido abandonadas durante la noche. Nada habia quedado en ellas. Las provisiones de pan y de semillas habian sido llevadas. Los españoles se vieron, de repente, abandonados en medio de un árido y mortífero desierto, privados de recursos, y alejados de toda comunicacion con los nativos del país.

Aquel cambio se habia operado en cumplimiento de una orden de Moctezuma. Conociendo que le seria imposible permanecer á Cortés en una playa malsana, si se le quitaban los recursos, mandó que se retirasen del campo

español todos los naturales que estaban dedicados á su servicio, y que nadie comerciase en lo mas mínimo con los extranjeros mientras persistiesen en la idea de alcanzar una entrevista que los dioses desaprobaban.

Las disposiciones de Moctezuma aumentaron las penalidades que sufrían los españoles en los áridos y abrasadores arenales donde se encontraban. Ni aves, ni peces, ni pan, ni semillas había quien les llevase como hasta entonces les habían llevado. Un silencio alarmante y una soledad aterradora reinaban en los alrededores del campamento. El desaliento se apoderó de algunos expedicionarios, amigos de Velazquez y de alguna fortuna en la isla de Cuba, temiendo que Cortés se empeñase en una guerra para la cual no contaba con los elementos necesarios. El jefe español, para quien las dificultades eran incentivos que redoblaban la fuerza de su osado espíritu, pero que nunca descuidaba la precaucion que corona los esfuerzos del valor, redobló las guardias, aseguró en los bajeles las provisiones que había en tierra, y se preparó para la lucha, en caso de que Moctezuma recurriese á las armas como la última solución posible.

La llegada de Montejo de vuelta de su expedición exploradora por la costa, después de doce días de ausencia, animó al ejército. Había recorrido el golfo hasta el Pánuco, viéndose precisado á volver á Ulua por los fuertes temporales en que estuvieron próximos á perecer los dos bajeles que llevaba. Sin embargo, su viaje no había sido infructuoso. Existía un sitio suficientemente protegido de los vientos nortes que se hallaba á corta distancia del campamento: sitio regado por abundantes arroyos de ex-

celentes aguas, sombreado por salutíferas arboledas y de campiña pintoresca y feraz.

Cortés consultó con sus capitanes sobre la conveniencia de abandonar los mortíferos médanos en que se encontraban, y después de escuchar de boca de Montejo las ventajas que presentaba el sitio que recomendaba, se tomó la determinación de trasladar el campamento.